

—¿Y á qué vas?

—A comer gallinas fritas.

—Pues oquí comerás pataditas....

El "gavilán" se arrojaba sobre ellos pretendiendo robarse una "gallina." La alegre escena era iluminada por el resplandor de una hoguera que ellos mismos habían encendido. En torno, algunas viejas y ancianos, los bradores de las cercanías, fumaban sentados en cuclillas. Y cuando Petra y su hijo penetraron al cementerio, volvióse á oír la voz del organillo callejero que repetía con fastidio la misma canción popular de melodías destempladas, groseras, gangosas, insoportables.....

Y otra vez el perro hambriento siguió aullando tristemente, muy tristemente....

CROQUIS

"....después de haber amado ¡ay! es preciso amar.... y siempre amar.... hasta morir!"

Alfredo de Musset.

ERODIS

... después de haber amado así, es preciso
... y siempre amar... hasta morir.

Alfredo de M... ..

ERODIS

Cada vez que en estos días encantadores y opulentos de la primavera, miro pasear por el jardín á esa vocinglera bandada de muchachas risueñas, lindas, sanas, llenas de vida, airosas como gentiles caréforas que llevan su ofrenda de tirso al enflorado templo de Apolo, atractivas con su lírica voz que suena en los oídos del poeta como ánfora cristalina que cae y se rompe sobre un espejo, viene á mi memoria la triste y sencilla historia de la pobrecita que se fué para siempre durante la virginal misa de las primeras rosas.....

* * *

Una mañana de Abril, *Lila* ya no abrió su ventana. Al siguiente día tampoco, ni al otro.

—¿Qué pasará?—se preguntaban con admiración los vecinos.

Porque en el apartado barrio, ya estaban todos acostumbrados á ver tras de la verja cubierta por hiedras frescas y lozanas, la simpática figura de la costurera muy limpia, muy blanca, que inclinada sobre su bastidor, *calaba* y cantaba alegremente, modulando en su garganta de ruiseñor canciones dulces y amorosas, y trabajando sin cesar en aquella concienzuda faena diaria de cuyo producto vivían

modestamente ella, su madre y un niño paralítico á quien ambas consideraban como de la familia.

Lila, sin embargo, era feliz en su relativa pobreza, con su madre, con sus tiestos y pájaros, y sobre todo, con su prometido José, un joven doctor que la había jurado hacerla su esposa precisamente en aquella primavera. Este las visitaba á diario, recetaba á Doña Salomé que de años atrás venía padeciendo de su salud, y así esperaban la virtuosa muchacha y el modesto médico, la hora cuya llegada con tanto anhelo deseaban. Pero la anciana cayó en cama y *Lila* tuvo que abandonar sus labores. José la aseguró que no era cosa de peligro, recetó unas cucharadas y se despidió aquella noche asegurándoles que pronto regresaría de la hacienda á donde lo llamaban para practicar una operación urgente. *Lila*, ya más tranquilizada, tomó su costura, instalóse á la cabecera de la paciente y siguió tarareando á media voz porque para ella era una necesidad imprescindible cantar; aunque bien mirado, en su interior proseguía un tanto temerosa por la indisposición repentina de su madre ya de por sí débil y achacosa. Pensaba con miedo: "Puede agravarse de un momento á otro; las señoras á su edad, ya no pueden soportar como nosotras las jóvenes cualquier desarreglo en el organismo; y luego ella que ha sido siempre así tan enfermiza, tan delicada..... No se parece á mi buen padre que era robusto, jovial, sano. Pero mi Pepe asegura que no es nada; los síntomas según él, no son alarmantes: cuestión de abrirla, de preservarla contra las corrientes de aire, y todo irá bien. Pero si viene alguna complicación?..... ¿Habrá dicho todo éste para tranquilizarme?..... Si mi mamá empeora, entonces le hablaré á Pepe por teléfono, él se apresurará á venir y me la aliviará, ¡es tan bueno y tan inteligente! ¿Qué haría yo si quedara sola? Esta pobre criatura tullida me causaría más lástima..... Pero ¡vaya! ¡qué tonta soy! Me figu-

ro más de lo que en realidad ocurre. Mi mamacita se levantará pronto, tal vez mañana mismo, y entonces iremos con Pepe que ya estará de vuelta á pasearnos mucho; nos llevará á oír las orquestas de las *partidas*, á tomar nieve de fresa, á comprar manojos de amapolas, á rezarle á nuestro Santo Patrono para que bendiga nuestro próximo enlace; le compraré naranjas y dulces á mi hermanito; le regalaré el juguete que me saque en las rifas y..... nos divertiremos mucho, pero ¡muchísimo!

Se entusiasmaba, pensando también en el traje nuevo que estrenaría. Nada de ésto sucedió sin embargo. La buena anciana se puso más y más grave.

Tal fué la poderosa razón que obligó á *Lila*, en contra de su costumbre, á no abrir más su ventana. Los curiosos vecinos inquirieron la causa y decían con lástima estudiada:

—¡Pobre *Lila*! quedará huerfanita si nuestro Santo Patrono se olvida de ella!

Un hermoso tordo que parecía tallado en ónix, cantaba todas las mañanas en el alero, y á pesar de su natural desconfiado, bajaba á comer el grano que *Lila* le arrojaba. Ahora, como antes, estaba sobre el pretil cubierto de hierbas invasoras, abriendo su picazo negro y reluciente, y ensayando nuevos *scherzos*. Estos cantos de su alado amigo le parecían á *Lila* de buen augurio; no desesperaba y como estaba sola, pues no había que contar con el niño paralítico de las piernas, por cuidar á su madre no quiso molestar al doctor hasta el último momento. Durmióse confiada..... ¡Pobre *Lila*! En la mañana, mientras descansaba de las continuas veladas, murió mansamente la señora, sin una queja, sin ruido, dulcemente, como un vieja eiguëña en su torre abandonada.

Deciros, mis bellas lectoras, la terrible sorpresa que re-

cibió la huérfana, sería inútil. Aquellas de vosotras que hayáis sufrido ya este crudísimo dolor, comprenderéis la desesperante situación de la infortunada. Lloró, lloró sin descanso abrazada al cadáver de su querida madre, sintiendo un gran vacío, un vacío inmenso en su vida; y la infeliz niña, antes tan alegre y vigorosa, después de rudos combates físicos y morales, doblegóse como un lirio carcomido por voraz plaga. A su vez cayó en cama, presa de una intensa fiebre producida por la espantosa conmoción que el fatal acontecimiento le acarrearía y que f é minando poco á poco su fuerte organismo, que lo fué destruyendo sin cesar, violentamente, despiadadamente..... Y lo peor y lo más doloroso fué que el joven doctor, ignorante de lo ocurrido, ni se daba prisa á regresar. Agotáronse los últimos recursos de la moribunda con el entierro de su madre. Unos cuantos vecinos caritativos arreglaron el sepelio, y la difunta fué sacada y sepultada sin más pompas ni ceremonias, tan silenciosamente, que la enfermita ni se percató de ello: yacía en un estado de coma invencible que la tenía aletargada por completo.

Una vez cumplida su macabra misión, las gentes se fueron, indiferentes. Una se encargó de escribirle al médico y con ésto creyeron como sucede en tales casos, que su deber estaba cumplido. Aquella á quien tanto amaban quedaba casi en la miseria y no había para qué ocuparse más de la desgraciada. Ellas se irían á sus respectivos trabajos, como siempre. Solamente el hijo adoptivo de la recién muerta, el pequeñuelo parálítico de las piernas, escuálido y macilento como un gatito flacucho, quedó ahí al lado de *Lila* para presenciar más bien que para evitar su agonía.

Este era tan endeble, tan torpe, tan inútil á causa de su delicadeza é inamovilidad inferior, que no servía de nada limitándose únicamente á llorar cuando la buena hermana

que antes lo mimara tanto, jadeante y desesperada se agitaba sudorosa en el humilde lecho gritando con delirio:

— ¡Madre mía de Guadalupe! ¡Madre Santísima! no me dejes solita en el mundo!

Y luego añadía balbuciendo con ansia infinita:

— ¡Agua!..... ¡agua!..... ¿Por qué no me dan agua? ¿Por qué no viene mi Pepe?... ¡Madre mía de Guadalupe! ¡Madre Santísima! no me dejes solita en el mundo!.....

El pobre chico azorado retorció sus bracitos descarnados, con desesperación. ¡Nada, absolutamente nada podía hacer por su *Lila*! ¿Cómo darla el precioso líquido que pedían aquellos labios secos y pálidos, si no podía moverse, clavado en aquella horrible silla de *tule*? Y luego él también estaba desfallecido, sentía vértigos de hambre y una sed horrorosa.

— Cállate, mi *Lilita*, no llores, cállate.—la consolaba.

Era posible que algún vecino condolido acudiese. Gritó.

— ¡Doña Luisa! ¡Doña Luisa! ¡*Lila* se muere!.....

Pero su voz no se oía: era débil y vaga como la de un hambriento polluelo. Además, ¿quién acudiría si todos se habían ido á la tradicional *verbena*? Considerando su impotencia rompió á llorar, atormentado por aquel angustioso grito:

— ¡Agua! ¡agua!.....

Allá afuera, en el pequeño patio herboso, adornado por algunas parras que ya comenzaban á mostrar sus brotes de esmeralda en las ramas retorcidas como dislecados brazos que con angustia impetraran misericordia al cielo rabiosamente azul é impasible, caía la luz del sol primaveral á torrentes; los petulantes gorriones se bañaban en el manantial cristalino y alegre de la pila musgosa lanzando lluvia de líquidas perlas al agitar las ondas con sus alas inquietas; dos mariposas de un verde pálido, semejantes á

tiernas hojas de abedul, revoloteaban sobre la canal rojiza y agrietada; una gallina de plumaje color de cañela, gorda y ampulosa como una fondera regañona, picoteaba los azules tiestos de rojos mastuerzos que rodeaban el lavadero de gris y lisa piedra, manchado por la anilina violácea que *Lila* empleara para tefir su viejo traje pringado de racimos de uvas, aquel mismo traje con el cual la conoció el doctor; y las campanas de San Marcos, atacadas de gozo inusitado por la llegada del gran día, se carcajeaban á más y mejor como una libre turba de pilluelas en vacaciones.

De la calle, animada por fragin creciente, llegaban murmullos, silbidos, trepidaciones de cerrruajes y gritos:

—¡Horchata fresca! ¡horchata fresca de limón! ¡Cafía azucarada! ¡Quién toma la nieeeve.....! voceaban los vendedores ambulantes.

Y *Lila* bañada en sudor, desfallecida, olvidada, con los labios pálidos, ardientes y resecos, clamaba lastimosamente:

—¡Agua!..... ¡agua!.... ¡Por qué no me dan agua?..... ¡Por qué no viene mi Pepe?.... ¡Madre mía de Guadalupe! ¡Madre de los pobres! me muero..... me muero!

La contestaban los furibundos gritos que desde la Plaza de toros venían:

—¡Bravo, *Parrao*, bravo!

Se oía el aplaudir rabioso de la estúpida muchedumbre, resonando como una poderosa matraca de Jueves Santo.

Pero luego *Lila* cesó de gritar, agitose por breve rato en el lecho húmedo y quedó fatigada por el esfuerzo, inmóvil, respirando á la manera de una oveja que degüellan.

La atmósfera del cuarto era pesada, sofocante, densa y calurosa. Un rayo penetraba ya hiriendo con su oro visísimo una estera sobre la cual vino á echarse la ampulosa gallina con sus alas extendidas, agitando nerviosamente

su aguda lengua de grana y lanzando como dentro de un cántaro su ronco y grave:

—*Cloc, cloc.*

El inocente niño, creyendo que *Lila* dormía ya más tranquila, olvidó por de pronto la sed, el hambre y los temores que le devoraban, y arrancando fragmentos de caliche que desprendía de la pared maltratada y vetusta, se puso á arrojarlos sobre la gallina. Un parlero canario, el favorito de la moribunda, saltaba dentro de su jaula, trinando levemente como temiendo despertar á su ama, y picoteaba una hoja de lechuga ya media seca. Y aquellas campanas de San Marcos, ¡Dios justo! que seguían carcajeándose como una traviesa turba de pilluelas en vacaciones, esparcían un ruido endiablado, ensordecedor; apenas en los momentos de tregua, cuando se perdían sus últimas vibraciones, oíase de nuevo la respiración fatigosísima de la pobrecita enferma.

De pronto despertó ésta, abrió desmesuradamente sus ojos irritados y vidriosos por la tremenda calentura, y levantando los brazos exangües, cuyo color blanco se confundía con las mantas de fustan, como queriendo dar el supremo abrazo á una visión querida, exclamó con voz apagada, doliente, amorosa, ternísima:

—¡Pepe! ¡Pepe mío! ya no volverás á ver á tu pobre *Lila*! Pero..... allá.... a.....llá..... arriba.....nos..... amarem.....

En este postrer instante de lucidez, no pudo articular más; dejó caer pesadamente sus brazos, lanzó un débil gemido y espiró.

En aquel triste momento abrieron con precipitación la puerta de la calle, y la chillona voz de la señora Luisa, su próxima vecina que había estado ausente, gritó:

—¡Niña! ¡niña! aquí está el señor doctor, Don José!

El paria paráltico repantigado en su silla de martirio,
 lloraba á lágrima viva. La gallina huyó cacareando.... y
 después, sólo se oyeron terribles sollozos mientras las cam-
 panas de San Marcos seguían carcajeándose, carcajeándose
 inexorablemente.....

EL ENVIDIOSO

“Quien hoya cava, en ella caerá, y quien
 vallado deshace, le morderá culebra.”

(Eclesiastés. Cap. X, Vers. 8.)